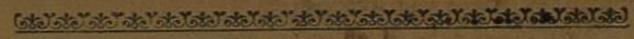


813  
B.  
PQ 2199  
U 4  
S 6



Propiedad del editor, asegurada conforme á la ley.

LIBRARY  
UNIVERSITY OF TORONTO  
1893



I.

## EN LA MAR.

*A bordo de . . . Agosto de 1893.*

Sobre el inmenso mar voga á todo vapor el enorme bajel; vapor que cuenta con tres chimeneas, que desaloja más de diez mil toneladas y cuya velocidad media es de quinientas millas por día. Sobre el Atlántico se extiende el cielo de las tardes de Agosto con sus nubes otoñales. Semeja una cobertera achatada y gris bajo la cual se infla y se hincha el oleaje, infatigable y monótonamente; el oleaje pardo, empafado, opaco como el cielo y cuyas ondas suben escalándose y aplastándose unas á otras. Y al venir una segunda ola, se levanta más alta, se vé el agua adelgazada y semejante á la piel enrollada de una des-holladura, teñirse de verde y ondular en franja de espuma blanca y flexible. Después, la cresta móvil se desploma, el muro de esmeralda se abate, tornándose en pesado paquete de agua salobre al impulso de la

hinchazón de otra onda. Y así pasan millares y millares, levantándose, desencadenándose, chocando con el frenesí de batalla estruendosa dominada por el paso de una ave con las alas abiertas, recortada en negro sobre el pardo cielo, y dispuesta á cazar en los vientos y en la tempestad.

Es de tal modo poderoso el navío, que desgarrada esta palpitación formidable del mar sin cabecear y sin ser arrollado. Su entablado se conserva tan sólido que podía causarnos la idea de un fantástico ensueño: el de la inmovilidad en la velocidad; si no fuera por el estremecimiento de su armadura de metal en una vibración no interrumpida. Figura entre los cinco ó seis *paquebots*, á los que llaman los marinos "lebreles de la mar." Y merece tan hermoso renombre, tanto por sus proporciones y por la elegancia de sus líneas que perfilan, adelgazándolo, su cuerpo colosal, cuanto por la prodigiosa andadura de su corso. Han pasado apenas unas cuantas horas desde que partimos y ya la costa de Irlanda se ha borrado, confundiendo con el borde plomizo de la cúpula de nubes que cerca el horizonte. Unas cuantas sacudidas más de la doble hélice y á nuestro derredor, en toda una semana, tendremos sólo el insondable abismo de las olas, y más lejos aún el Nuevo Mundo. ¡Cuánta atracción tiene para mí el Nuevo Mundo! y esto debido á razones que son completamente extrañas á la mayoría de mis compañeros de viaje.

El pabellón bajo que navegamos, ostenta sobre su fondo blanco, realizada en azul, el águila explayada de los Estados Unidos. Es americano y también lo son la mayor parte de los pasajeros que transporta. He preferido al dejar á la Francia por una vez aún, cortar de un sólo golpe mis costumbres, y héme aquí en país yanke, yendo sobre este puente en el cual só-

lo se oye hablar inglés, un inglés gangoso en el que la palabra "well" reemplaza á la palabra "yes" brotando de los lábios sin cesar. He tenido que cambiar la moneda francesa y he necesitado aprender desde luego que la unidad del gasto ha pasado desde el franco al dollar, es decir que se ha quintuplicado. Estas han sido las dos primeras sensaciones de expatriación que he experimentado; á ellas se añade la inexplicable insolencia de los modales de los criados de á bordo ó para hablar mejor: de los ayudantes. ¿Pero acaso no sé, desde hace largo tiempo, que en los Estados Unidos no hay domésticos? Puede ser que ninguno de mis vecinos, y que son un centenar, instalados en el puente, para tomar el aire, sobre *chaises longues* de tijeras, hayan notado estas bagatelas en que yo me fijo, y que producen en el extranjero el insignificante calosfrío que experimenta con el agua el nadador que se lanza á ella desde el ribazo. Por muy habituado que se esté á lo que el trágico é inquieto Maupassant llamaba "vida errante," en este salto súbito fuera de todo *home*, existe una sensación vaga de melancolía. O mejor dicho aún, puesto que la palabra es extensísima para expresar un efecto de simple retracción nerviosa, hay una crisis de vuelta involuntaria sobre de sí mismo. Se preven las mil contrariedades del desarraigamiento y se pregunta uno: ¿Á qué este nuevo viaje? ¿Qué voy buscando más allá de los mares, lejos de mis amigos, lejos de mis libros, lejos de los paisajes familiares y de la tierra que me ha visto crecer . . . ?

¡Ay! ya no es esa, esta tierra que se desvanece allá abajo en la bruma, supuesto que esta costa se llama *Cape Clear Island*. ¡No importa! Este islote irlandés pertenece aún á Europa. Su faro que acaban de encender, anuncia el retorno á otros viajeros que in-

tentaron, por una ú otra razón, la experiencia que yo voy á ensayar. Si Dios me lo permite cuando, pasados ocho ó diez meses, vuelva yo á ver esta misma punta de tierra ó á mirar destacarse sobre el horizonte esta misma llama, ¿acaso traeré de ultramar opulenta cosecha de imágenes é ideas? ¿Me diré á mi propio que me equivoqué ó que tuve razón al desterrarme otra vez por tanto tiempo? A las dos preguntas de *después*, no me es posible contestar aún, pero veo netamente la respuesta que daré á las primeras, á las preguntas de *antes*. Lo que la América me dará, lo ignoro. Lo que de ella espero lo sé perfectamente; quisiera consignar en pocas líneas sobre las primeras páginas de mi libro de viaje esta especie de examen de conciencia intelectual. Será, según mi creencia, el mejor prefacio para el resumen de mis notas y también el mejor medio de engañar el fastidio del paquebot, de entretener esa sensación que conozco tan bien por haberla sufrido con exceso en los mares de Oriente y á la vez el vacío y la tan larga duración de los días. En la mar no hay tiempos, no hay distribución de horas, no hay desmentuzamiento de la vida. Se siente uno mecido, empujado por una fuerza potente, que suprime, que disuelve nuestra voluntad. Las cosas infinitamente pequeñas de la vida de á bordo y los sueños de ideas generalísimas pueden únicamente ayudarnos á pasar esas mañanas y esas siestas de languidez casi vegetativa. Ensayaré ambos remedios, y empezaré por el segundo que mejor cuadra á la pasión dominante de mi inteligencia, á ese gusto, á esa casi manía de reunir en la estrechez de una fórmula millares de hechos que se hallan esparcidos. Pero "el que es lobo como lobo obra," nos ha dicho un sabio. Y ese medio es un modo de pensar y de mirar las cosas. Debe pués

tener su valor como tiene sus limitaciones. En todo caso, él es debido á mi impresionismo individual y no me sería posible ser sincero sino obedeciéndolo, pidiendo anticipadamente al lector, que quiera leer mis notas, dispense el abuso que haga de la reflexión abstracta.

"La expatriación," escribí hace un momento. ¡Cuán áspera es esta palabra y cómo suena en falso! En todos mis viajes lo he sentido y aun más lo siento hoy en esta mi última partida: ¡no se expatría uno nunca! Por lejos que se esté de la tierra natal y de cualquiera tierra, basta descender á lo más íntimo del pensamiento para reconocerse ciudadano, no del mundo, sino del pequeño rincón de la provincia de donde se ha salido. Lo que me atrae de América no es la América misma, es la Europa, es la Francia, es la inquietud por los problemas que envuelven el porvenir de esta misma Europa y de esta Francia. Tres potencias trabajan hoy para fabricar este porvenir; tres divinidades de manos brutales, pero inevitables como las de las Parcas, y cuya soberanía es fuerza que reconozcamos; soberanía sobre todos los intereses y sobre todas las empresas del viejo mundo; la una es la Democracia, la segunda es la Ciencia y la tercera, la última que se ha presentado y la menos fácil de denominar, es la idea de la Raza. Hacia cualquier punto del continente que se mire, desde San Petersburgo hasta Londres y de Roma á París, se contempla á estas tres fuerzas trabajando en su obra, y en vía de bosquejar los lineamientos de un mundo nuevo, así al menos lo dicen sus sectarios: en vía de destruir piedra por piedra el antiguo edificio que ha

abrigado desde hace tantos siglos á la vida humana, —y sin edificar nada que pueda reemplazarlo,— dicen sus adversarios. Y á estos últimos no les cuesta trabajo el enseñar la Europa que han formado estas nuevas divinidades, y lo aciaga, y lo diferente que es de aquella que soñaban nuestros padres, cuando saludaban á la alborada de la revolución con clamores de ingénuo esperanza, á fines del siglo último. El sufragio universal, es decir, la tiranía imbécil del número, el reinado de la fuerza bajo su forma más injusta y más ciega, es el régimen que ha establecido la democracia doquiera que ha triunfado. A esto se agrega, un despertar furioso de los apetitos más bajos y un descontento universal de la suerte con la constante amenaza de una rebelión de ese cuarto Estado de la miseria y de la envidia, en contra de una civilización que ha prometido la libertad, la igualdad, la fraternidad y que queda fallida al hacer efectivas estas promesas irrealizables.

Un gobierno más hábil de la naturaleza, conocida al fin con más exactitud, he aquí el beneficio cierto de la ciencia; ¡pero cuán caro cuesta si es verdad que el nihilismo filosófico es la terminación última de ese gigantesco esfuerzo de inquisición que no tiene conclusión posible! Arrinconada hoy en lo Incognoscible y obligada á confesar que su método ha de ser siempre impotente para desentrañar las causas ocultas detrás de los fenómenos, y la substancia enmascarada por los accidentes, ¿qué alimento dá á la alma esa ciencia, sino es un pan de amargura y un brebaje de muerte? Desarrollando con exceso en el hombre moderno, el espíritu de experimentación y de crítica, ha vuelto casi imposible para la legión innumerable de las conciencias medianas, la fe en lo sobrenatural; y la adición de todas las conciencias

medianas es la que forma lo que se llama conciencia nacional. Y debido á esto ¡cuánta disminución de el Ideal en la Europa contemporánea! Y como consecuencia necesaria, ¡qué incertidumbre en las convicciones, qué debilidad y qué incoherencia en las voluntades, que mengua en el carácter nacional, cuántos desórdenes en la energía, cuántas enfermedades morales que sin cesar renacen y que han sido día á día más fecundas en complicaciones, en los últimos años de este final de un siglo que tanto ha anhelado el hacer bien!

Y por último, la idea de la Raza, que se ofrecía tan generosa, tan lógica, alumbrada por los relámpagos del cañón de Solferino, se ha resuelto en terribles amenazas de barbarie, hoy que toda esta Europa del progreso no es sino un série de campos divididos, en los cuales, detrás de los cañones cargados, millones de hombres esperan la hora de un exterminio como no se registra ningún otro en la historia! . . .

Sí, tal es la tarea evidente de esas tres espantosas obreras á quienes es en vano maldecir, y tal vez sea culpable el hacerlo. Pues existe en todas las grandes fuerzas irresistibles de la sociedad, así como en las de la naturaleza, un carácter fatal pero á la vez sagrado. Traspasando la previsión del hombre y sobrepujando su intervención, se presentan como emanaciones misteriosas del principio mismo de donde surge toda realidad. Lo que tienen de irresistible y de ilimitado se impone á nuestra admiración, como el nacimiento y como la muerte, como el día y como la noche, como el mar que azota con su oleaje al navío donde escribo estas líneas. En presencia de tal necesidad, no nos es permitido desesperar ántes de haber estudiado todas las probabilidades con que puede con-

tarse para alcanzar un porvenir más dichoso; quiero decir, ántes de asegurarse de que son siempre los mismos todos los efectos producidos por estas causas implacables. Ahora bien, hay un país en el cual estas tres fuerzas, que tan mortíferas son en nuestro viejo mundo, han sido las llamadas á modelar en un todo un universo nuevo, un país que desde su nacimiento se ha constituido en democracia, y en democracia científica, porque ha tenido que emplear el arsenal más moderno de la maquinaria y de la industria, para domar una tierra enteramente virgen, un país al que se ha impuesto, desde sus orígenes, el problema de las razas, en el que se estrella aun á cada instante, puesto que está formado por el aluvión de todas las naciones de Europa, de Africa y de Asia, y supuesto que necesita hacer vivir reunidos no tan sólo á ingleses y á irlandeses, á alemanes y á franceses, sí que también á los negros y á los amarillos con los blancos. Y hasta hoy tal parece que lo ha logrado. Su población aumenta año por año, su riqueza se acrecenta, sus ciudades retoñan con la energía de plantas tropicales. ¿Qué eran hace cuarenta años, San Luis, San Pedro, Minneápolis y aún el mismo Chicago? Hoy es por cientos, por doscientos, por quinientos de miles como se cuenta á los habitantes de esas ciudades que nacieron ayer, y este mismo año, la más admirable de todas ellas abrió una Exposición convidando al mundo entero á concurrir á ella ¡y el mundo entero ha ido! Un ejército formado por veinticinco mil hombres hasta á este pueblo, que á pesar de este número ha probado en menos de treinta años, que superabundaban en él las energías militares al igual que en cualesquiera de los otros, y que ha vuelto á los trabajos de la paz en cuanto vió sus luchas terminadas, con la misma rapidez que ha-

bía empleado en organizar los formidables aprestos de su guerra. ¿Cómo es posible saber que existe tal país y no experimentar curiosidad por ver más de cerca, que al través de los libros, las condiciones de su existencia? ¿Cómo puede perderse la ocasión de valorizar sobre el terreno mismo la importancia de esta sociedad, que se pretende será la sociedad del porvenir, y la que, en último caso, es una de las posibilidades del futuro? Creo darme cuenta con bastante exactitud y anticipadamente de todo lo que me chocará en ese país, que carece de la poesía del pasado, á mí que he amado tanto á la Italia, á la Grecia, á la Siria y á su suelo amasado con polvo de los muertos. Bien sé que á él no me llevan mis inclinaciones de inteligencia ni de corazón. ¿Pero á dónde y á la casa de quién no iría yo, con tal de adquirir nuevamente algo de fe en el porvenir de esa civilización, que entre nosotros parece á veces encontrarse en vísperas de hundirse para siempre? . . .

He dejado transcurrir cinco días desde la tarde de mi partida en que ensayé hacer la especie de balance intelectual que es conveniente formar en las primeras y en las últimas horas de un largo viaje. Durante todo él, es preciso estar atento siempre á las sensaciones del momento. El escritor debe utilizar sus ideas generales del mismo modo que el pintor las paredes de su taller. Se sirve de ellas para suspender sus estudios; las paredes los sostienen y ellos á su vez las ocultan. He olvidado con gusto mis teorías en estos cinco días, como espero que las olvidaré en los meses que vengan después, y me he abandonado por completo á la vida del buque que parece ser siempre semejante bajo todos los climas y sobre todos los mares. Y sin embargo, mirándolo de cerca, este navío no es sino un rincón de América, y un visionario

en costumbres y en hábitos podría desentrañar de él como siempre el tono nacional, el pequeñísimo irreductible rasgo que un pueblo imprime en su fisonomía. ¿Quién es aquél que ha podido dejar un *steamer* de la compañía peninsular la clásica P. O. del Egipto y de las Indias, y tomar un vapor de las mensajerías, sin sentir que toda la Inglaterra está en el uno y que toda la Francia está en el otro, de la misma manera que toda la Italia se halla en el entrepuente de uno de los Floríos que hacen el cabotaje de la costa de Génova á Patrás? Pero, la condición necesaria para el discernimiento de esos matices es el conocimiento previo de los pueblos. Bosquejaré al azar el diseño de algunas de las visiones que traeré al terminar mi travesía—tal vez muy pronto. Hemos caminado tan de prisa que habiendo salido de Southampton el sábado después del medio día, llegaremos á Nueva York mañana, que es viernes, en la tarde, á pesar de que la mar á ciertas horas nos ha embestido con rudeza suma, y sobre todo en el medio del Océano que llaman los marineros el *devil's hole*—el pozo del diablo— y aunque en el momento en que vuelvo á tomar mi diario de camino la niebla se condensa sobre esta misma mar tan tersa ahora y apenas ondulada. Un mar de fondo la levanta con amplia y mansa ondulación, y la bruma blanquizca y cerrada envuelve al barco, tan densa y tan espesa, que de una de sus extremidades á la otra, los objetos y las personas se confunden con vagos estremecimientos de fantasmas. Minuto por minuto, la sirena desgarrá este vapor con silbido estridente, pero la velocidad de nuestro corso no disminuye un nudo.

—Es seguro, me dijo uno de mis compañeros de mesa. “En caso de encuentro, el navío más rápido pasa por ojo siempre al otro” . . . .

. . . . Desde luego, veré el puente de este navío rociado por la espuma salada de las olas, cuando eran azotadas por el viento, y en el que he pasado tantas horas; después, qué de veces volveré á revistar las dos galerías, la hilera de camarotes con la fila de sillones de bejuco pegados unos á otros! A los hombres y á las mujeres que pasaban los días leyendo, platicando, esperezándose, durmiendo, y á los colores de los plaids, mezclados de verde y amarillo, de rojo y negro, haciendo resaltar la tersura ó lo marchito de los rostros. Rostros de jóvenes y de ancianos que encontraba diariamente, siempre en los mismos sitios, y que eran para mi imaginación enigmas de la sangre en que me detenía, entreteniéndome con singular curiosidad en procurar adivinar en ellos herencias sin verificación, los diversos metales fundidos en este bronce de Corinto: la raza americana. En esta multitud no se nota ya nada del tipo cerrado que caracteriza la fisonomía de casi todos los ingleses—en sus tipos de imprenta tan limpios, de recortes tan netos y tan apretados, puede verse el análogo—se encuentran sólo caras disímbolas y naturalezas tan contradictorias que naturalmente pueden descifrarse en ellas como yo lo hacía, los veinte atavismos diferentes cuya síntesis se encuentra en los Estados Unidos. Viendo á aquel personaje de hombros cuadrados, de manos sólidas parecidas á palas, de anchos piés semejantes á bases de columnas, que fuma gruesos puros con poderoso aliento, y cuyos ojos pequeñísimos lanzan, bajo sus espejuelos, miradas de astucia y de satisfacción, tengo acaso necesidad de saber que su nombre se termina en *mann* y que vuelve á Chicago; para tener la certeza de que es un Alemán ó un hijo de Alemán?—Y cómo dudar de que aquel otro es un Irlandés ó un hijo de Irlandés, si así lo dice la

jovialidad nerviosa de sus ojos muy azules, su barba rubia, sus gestos excitables y lo que se descubre de su porte?—Y quién pudiera dudar que ese tercero, de pupilas negrísimas, sobre una cara aceitunada y flaca es español indiscutiblemente y que en él revive la silueta de alguno de los aventureros de California?—Y después, junto á esos rostros marcados con caracteres tan definidos, hay otros que parecen haber sido amasados con cinco ó seis tipos diferentes, rostros plomizos y deslustrados, surcados por facciones características, que revelan en su mayoría los esfuerzos. Sonríen, y á pesar de la sonrisa, permanecen tristes, casi revelando amargura, cual si hubiera quedado impreso en ellos el trabajo y la fatiga de varias generaciones.

Muchas mujeres, y algunas muy hermosas, conversan familiarmente con uno y con otro. Entre ellas se cuentan algunas actrices que tornan al país natal después de una vuelta á Inglaterra. Me imagino la galantería actual ó futura que esta intimidad de á bordo traduciría en un buque de cualquier país Latino.

Aquí domina la impresión contraria, la de costumbres más rudas, y cuya base está formada por la energía y por la voluntad, así como las nuestras se sustentan en el placer ó en la imaginación. Y de ello encuentro el símbolo en el rigor con el cual, desde la partida, y cualquiera que haya sido el estado del mar, se han obstinado varias jóvenes en zanquear el puente con grande decisión, y en la empleada por un grupo de jóvenes y de hombres, que han estado jugando al cricket en la proa, azotados por la espuma, calados por la lluvia.

—“Si no hace mi hermano sus dos horas de ejercicio violento diariamente,” me decía una joven que

leía en una revista con la mayor atención un artículo sobre la *physical culture*, “no se siente bien”....

..... Y el comedor con el lujo de sus dorados nuevos y con el rumor del gentío que se sienta á sus mesas, ha quedado también fijo en mi vista. En él se ha ostentado, desde nuestra partida, una abundancia de alimentos tan brutal como este mismo lujo, presentándose listas de veinticinco platos á escoger, en el almuerzo, en el lunch y en la comida. Había oído hablar frecuentemente de la glotonería americana. Experimentaba la sensación de ello tres veces cada día ante esta prodigalidad de vituallas que hacían suponer la existencia de bueyes, de cerdos, de carneros colgados enteros y por cientos en las bodegas refrigerantes del entrepuente, montones de pescados conservados en otras refrigeradoras y provisiones de lechería y de frutas bastantes para sostener una plaza sitiada. Y con solo mirar á estos tragones cómo beben y cómo rocian esas comidas, podría yo medir á cuánta distancia me hallaba de la tierra de la vid. El whiskey, el ale, la sosa, el té, la limonada, el porto, el sherry, el champagne seco, el aguardiente, el apollinaris se presentaban en todas las mesas, testificando la costumbre de *querer* ó de elegir su régimen, tan característico de los países anglo-sajones. En ellos no hay tipo determinado de alimentación, como entre nosotros existe. Cada estómago sigue su capricho. Y en la semi-alucinación que produce el balanceo del mar, siempre veía flotar sobre esta asamblea la sonrisa de un personaje extraño, de un dentista de Nueva York establecido en Roma y á quien volví á encontrar en este buque, camino á un congreso de Chicago; á uno de esos infatigables artistas de orificación que ahondan túneles en los dientes de sus parroquianos, que construyen,

en las bocas más arruinadas, puentes metálicos, con la audacia y con la habilidad de un ingeniero. A cada instante se revestía á mi vista con la dignidad de un presidente de esta errante mesa redonda; tanto así y desde su primer desayuno, mostraron los convidados la avidez fisiológica de una raza de presa, para quien la conservación de la grande herramienta de masticación ha llegado á ser de tanta importancia como la del pico para el buitre ó la de la garrá para el león. . . .

. . . . Y tengo siempre en la vista este comedor, pero en otra ocasión, cuando con grande recogimiento se llenaba solemnemente con la voz del pastor que recitaba las oraciones. Era un domingo en la mañana y de los doscientos pasajeros que íbamos, ¡concurrieron más de cien al oficio! Las mismas caras que ayer ví, y que veré mañana congestionadas por el exceso de alimentación, ahora se inclinan frente á la Biblia con convicción personal y sincera. Todos ellos viajan con su libro de oraciones propio. Los miraba á través de la ventana, con el sentimiento de que no había muerto, á pesar del poderoso flujo de la inmigración, el alma de los *Pilgrim Fathers* que partieron en 1860 para el *May Flower*, y recordaba esta partida que fué precedida por un día de solemne prosternación; tomando el pastor como texto este versículo de Ezra: "En todas las riberas del río Ahava lo he proclamado un día para que podamos humillarnos ante nuestro Dios, y alcanzar por este medio el camino recto para nosotros, para nuestros hijos y para nuestra sustancia entera. . . . ." He aquí el profundo sentimiento que se agita aún en estos *revivals* de la América, que son sobradamente apasionados para que, en nuestro siglo diez y nueve, broten entre ellos y sin cesar nuevas sectas. Palpitaba allí,

entre las doradas paredes de ese comedor común á todos, y quedará asociado á él en mi memoria, así como también volveré á ver una escena del todo diferente: un concierto organizado por un administrador de teatros que va á dar una vuelta á San Francisco. El producto se destinaria á la caja de los marineros pobres. Aceptó la presidencia de él, un antiguo ministro de los Estados Unidos, cerca de una de las más grandes córtes de Europa. Todo el buen natural de un país de *debaters*, de hombres acostumbrados á hablar siempre en público y al público, estaba impreso en el tono con el cual comenzó aludiendo á sus infortunios de camarote: "*Y present you a very poor sailor. . . . .* Os presento á un pobre marinero." Si hubiera ignorado hacia qué tierra de democracia me encaminaba, lo habría adivinado por la sencillez absoluta de modales de este antiguo diplomático. Esto me distraía de un estribillo sentimental que también oiré por mucho tiempo aún, sobre los "tiernos corderillos que están en la pradera, donde no sueñan con la salsa de menta" y de la ruda vulgaridad de una cantante que representaba á una camarera, irlandesa próxima á ser actriz. Y aullaba, lanzando su puño con la violencia del boxeador que se prepara á imponer un *punishment*, un tan formidable "*I want to be a Hactress, a Hactress! . . . .*" que se oía el temblar de los vidrios á pesar del ruido de la mar.

. . . . . Y qué curso de fisiología internacional proporcionaba la sala de fumar, allá abajo, hacia las nueve de la noche, y sobre todo ayer cuando se sorteaban los números de una de las últimas apuestas sobre la velocidad del navío. Cincuenta personas respirando una atmósfera que infesta la del paquebot, con el tabaco, y las aguas de tocador, pues la tienda del bar-

bero se halla á lado y él estaba ocupado en lavar la cabeza á un parroquiano, y tenía abiertas las puertas y la de los alcoholes! En el fondo está un mostrador sobre el que el alquimista encargado de los cocktails manipula varias de las mezclas 'corrosivas con las cuales se abrasan los americanos las entrañas con delicia. Allí, en esa pieza tapizada con madera amarilla, y que alumbra con fantástica luz la electricidad tamizada al través de globos de cristal azules ó rosados, los pokeristas prolongan toda la noche sus partidas leyendo sus puntos en el ángulo de las enormes cartas sin que su inmóvil cara abotargada por el *bluff* deje adivinar más que la fiebre fría de las apuestas que ahora se desatan alderredor de la rifa. Un actor, de carrillos verdiosos, de boca morruda, los ha puesto en una bolsa y los va sacando para adjudicarlos á los varios postores que se han inscrito durante el día en la hoja de papel atada allá abajo sobre el cristal embadurnado de humo. Se les pone en seguida en almoneda, y el hombre gordo encargado de enardecer la puja, acompaña la enunciación de cada número con interpretaciones en las que hay algo de la sorna del comisionado viajero, pero algo siniestro. "481. . . . habrá una niebla terrible—480. . . . este es el más bajo, es el mejor. Nos deslizaremos como la *Victoria*.—480. . . . quién desea tener con que pagar su seguro?—504. . . . el más alto, el mejor. Tiempo alciónico. "Haremos 506. . . . " Y las pujas suben: un dollar, cinco dollars, diez dollars, veinte dollars, cuarenta dollars, cien dollars hasta el momento en que ". . . . Una, dos, tres, queda adjudicado al honorable. . . ." Las caras de los *pakieros* son las que se me han grabado en la memoria, con su ojos tan vivaces y duros, con su boca de movimientos contráctiles tan firmes, y medio crueles. Casi todas más bien descoloridas que

no rubicundas, la tez emponzoñada con el abuso de temibles alcoholes, evocaban en mí, invenciblemente la idea de las leyendas del Oeste, en las que un revólver presto á disparar se halla siempre al alcance del jugador. Sobre todo, dos eran los que me parecieron más netos: uno cuadrado, franco, que tenía una gorra de marinero echada sobre la frente, una pipa corta y recta en la comisura de los lábios, y que usaba entonaciones chanceras en la puja; el otro flacucho é insolente, de mirada astuta y algo dominadora. Las dos voces que brotaban de estas dos bocas, casi traicionaban, al exasperarse una contra otra en esta lucha de dollars, el odio de dos especies, tal y como si existiera en el fondo oculto del juego, tomado así á modo de duelo, el desplegiamiento de una fuerza casi animal. Y apenas terminaba este combate entablado á causa del número de millas, comenzaba otro que giraba en derredor del número del primer piloto á quien debía encontrarse.

. . . . Y cuán pequeño era ese navío, el del primer piloto, que corría hácia nosotros con todas sus velas desplegadas bajo el viento que parecía á cada momento tumbarlo encima de las olas! Nos hallábamos á seiscientos millas del puerto. Se trataba para el hombre de ganar trescientos dollars. Encontramos á otro en la tarde, que había andado sus quinientas millas por casi nada, bajo el terrible viento de los últimos días. Y el vapor se detiene un segundo. De este se desprendió una chalupa en el cual venía un remero junto con el piloto. Este atrapa la escala de cuerda que se le echa del puente. Y aún no ha podido saltar el filarete cuando ya la máquina ha recobrado su fuerza y toda su velocidad el paquebot. Cinco minutos más y el intrépido velero será sólo un punto blanco en la inmensidad, hundido sin cesar en

los enormes valles que ahonda el oleaje y que nosotros surcamos con la velocidad siempre constante de las gentes que quieren "break the record,"—esta intraducible frase con la cual los americanos expresan tan bien lo que constituye antes que todo el fondo de su naturaleza: el considerar como posible todo lo que ya se ha ejecutado y aún el sobrepujarlo. Es acaso amor propio? Es la locura de la acción? Es aún otro atavismo, puesto que todos ellos son, con algunas generaciones de distancia, hijos ó nietos de desesperados, de gentes que han atravesado este mismo Oceano con la idea fija de jugar por último el todo por el todo? Nada de esto sé, más lo que sí no ignoro es que por mucho tiempo no podré olvidar esa frenética carrera del lebril de la mar al través de la espesa bruma de aquel último día, ni la primera impresión de la proximidad del país de todas las audacias, en la audacia de este impulso capaz de pasar por ojo un acorazado si por acaso lo hubiéramos topado.... Pero quien de nosotros pensaba en ella exceptuándome á mí. Ya todos estaban ocupados en leer los periódicos que el navio piloto acababa de traernos.... "Y sin embargo ya no valen la pena...." dijo uno de ellos. "Ya tienen de dos días...."..... El séptimo día llegábamos á la vista de Nueva York, en una mañana de estío á la vez ardorosa y velada. No habíamos podido entrar la víspera, y yo me regocijaba ante el cuadro incomparable de esta entrada. El paquebot está en camino para subir la embocadura del Hudson que sirve de puerto á la gran ciudad, adelantando con movimiento suave, como rápido era hacia veinticuatro horas. Esta sensación sólo compensaría del viaje; tan inesperada y profunda es. El enorme estuario tiembla y es embestido por la última palpitación del Atlántico que

lo remueve y en sus dos orillas, tan lejos cuanto puede alcanzar la mirada, hacia la derecha en donde se extiende Nueva York, hacia la izquierda donde hormiguea Fersey-City, se ve una série de muelles cortos, anchos y cubiertos. Varios nombres están inscritos en ellos, aquí el de una compañía de caminos de fierro, allí el de una compañía de vapores, más acá el de otra compañía de caminos de fierro y más allá el de otra compañía de vapores, y así hasta lo infinito y también indefinidamente de cada uno de esos muelles se desprende ó se acerca una barca de vapor que toma ó que deja pasajeros á centenares, coches atalajados por docenas y trenes enteros llenos de mercancías. Cuento cinco ó seis de estas barcas, y después quince y luego veinte. Enormes, desplomando la agua verde con sus dos cuerpos pintados de blanco y de moreno, van batiendo con sus ruedas de fierro esa agua tan pesada, llevando en su cima un balancin gigantesco que hace rítmico su movimiento uniforme. Se cruzan, se rozan, se alcanzan sin chocarse jamás; tan segura así es su marcha: revisten la apariencia de bestias colosales y laboriosas y cumple cada una su tarea con serena conciencia. Innumerables remolcadores, anchos y ágiles, corren atravesando por entre ellas. Las olas de la agua sacuden con rudeza su delgada armadura y se oye el áspero soplo de sus robustas máquinas semejantes á amplísimos pulmones de acero que llenan todo su pequeño cuerpo. Se siente esta robustez en su impulso, medido con tal precisión que sin disminuir nunca vuelan entre masas pesadísimas cuyo choque las haría zozobrar. Llevan atrás de sí frágiles barquillas cargadas con dos, con tres ó con cuatro hombres. El angosto y miserable esquife tiembla, casi desaparece en la glauca estela profundamente

abierta en esta agua tan trabajada, tan golpeada, que se levanta en olas. De cuando en cuando uno de los remolcadores lanza un silbido agudo y desgarrador, que se mezcla al ronco bramido de los vapores pasarios. Y unos y otros circulan sobre este ancho río, subiéndolo y bajándolo con la misma lentitud que nosotros y que los cincuenta paquebots, tan grandes como el nuestro y que llegan de Europa, que vienen de la América del Sur, ó que entran de América del Norte. Sus cascos altos y rojos tienden con poderosa suavidad la sábana movediza cargada de tanto trabajo humano y de tantas vidas de hombres. En la bruma cálida las formas se borran, los contornos se esfuman, tornándose en fantásticos. Aparecen otros paquebots, bosquejándose, adivinándose más allá de aquellos; y más allá aún se divisa un monstruoso cruzamiento de vergas y de mástiles y dominando esta gigantesca máquina movediza, que causa la impresión y la idea de ser el entrepuente del mundo entero, la estatua de la libertad surgiendo y diseñándose en la bruma, tan alta como un faro. Sin embargo, á derecha é izquierda las dos ciudades siguen estendiéndose hasta perderse de vista. Vuelto hacia el lado de New-York, distingo casas pequeñísimas, un oceano de construcciones bajas, de donde emergen semejantes á islotes de abrupta y bravía costa, construcciones de ladrillo tan atrevidamente colosales, que aun desde aquí su altura asola la mirada. Cuento los pisos que hay arriba de la línea de los techos: una tiene diez, otra doce. Otra no está aun concluida. Un armazón de fierro dibuja en el cielo el proyecto de seis pisos más encima de los ocho ya construidos. . . . Gigantesco, colosal, desmesurado, desaforado,—faltan palabras para igualar esta aparición, este paisaje en el cual la enorme embocadura

del río sirve de cuadro á un desplegamiento de energía humana más enorme que él. Llegada á esta intensidad de esfuerzo colectivo, esta energía llega á ser un elemento de la naturaleza. Y para redoblarla, agrega la historia la brutalidad indiscutible de sus cifras. En 1642—no hace más de doscientos cincuenta años—los indios vendieron á un wetsphaliano la punta de esta isla de Manhattan. Y se fundó esta ciudad que está en frente de mí. Es esto la poesía de la Democracia, una de esas florescencias de vitalidad popular en las que el individuo desaparece y en las cuales el esfuerzo personal es solo una nota perdida en un inmenso concierto. No es por cierto el Parthenon, ese pequeño templo asentado en una colina, en la cual los Helenos reasumieron su Ideal: nada de la materia y todo del espíritu, para animarlo todo, hasta el más insignificante de sus átomos, con la proporción y la armonía. Pero sí es la sombría y violenta poesía del mundo moderno que produce estremecimientos trágicos, tanto es así lo que tiene de humanidad voluntaria y furiosa, en un horizonte como el de esta mañana—y este es el mismo todos los días! . . .

---

 II

 PRIMERA SEMANA.
 

---

Acabo de pasar la primera semana en Nueva York sin visitar á ninguna de las personas para quienes traigo cartas de presentación. Todas se hallan en el campo ó á la orilla del mar mientras duran los ardientes calores del mes de Agosto que son tan so-